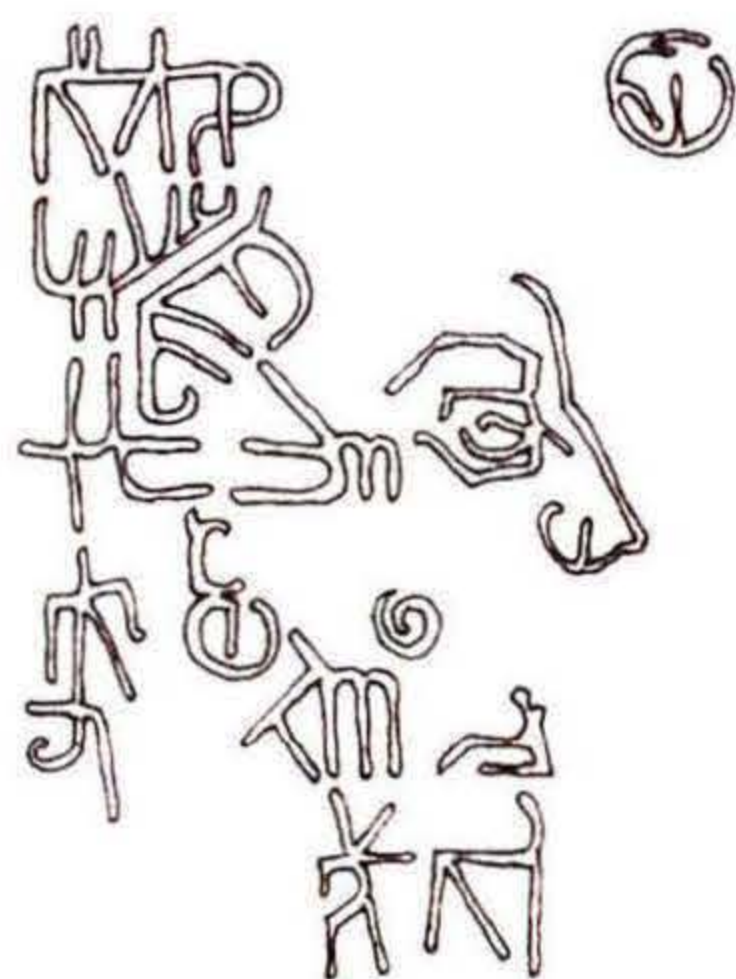


últimas páginas del libro están consagradas a la dimensión "idiosincrática": a las transformaciones en el comportamiento de las elites, que se han hecho más cosmopolitas, probablemente más simuladoras y enajenadas, quizás un tanto *snobs*, así como al de la juventud en general, de todos los estratos sociales, y al de la mujer, que en los últimos años ha abandonado su tradicional sumisión y ha avanzado notablemente en el campo profesional. La crisis ideológica se ha reflejado igualmente tanto en la de los partidos tradicionales como en el equívoco fenómeno del "populismo", que se ha enfrentado al liberalismo y al marxismo, aunque en ningún caso ha articulado una doctrina coherente que pudiera representar una alternativa.



Quisiéramos concluir con una consideración sumaria sobre la experiencia cultural del autor, tan vasta, tan seria, tan genuina y profunda, que le permite ilustrar el fenómeno que describe con referencias bien oportunas y enriquecedoras, desde las *Cartas de relación* de Hernán Cortés (1522) y *El carnero* de Rodríguez Freyle, escrito a comienzos del siglo XVII; *El Periquillo Sarmiento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi (1816); las *Memorias* de la marquesa Calderón de la Barca (una escocesa que residió en México como esposa del embajador español a finales de los años treinta del siglo pasado); las *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*, de José María Cordovez Moure (1893) o los *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, del barón Pierre D'Espagnat (1901); *Civilización y barbarie* (1845) y *Recuerdos de provincia* (1850), de

Domingo Faustino Sarmiento, o el *Fausto* de Estanislao del Campo (1866), pasando por algunas novelas, como *Amalia*, de José Mármol (1855); *La María*, de Jorge Isaacs (1867); *Yawar fiesta*, de José María Arguedas (1936), hasta *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo (1955), y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez (1967). Para mencionar solamente unos cuantos ejemplos.

RUBÉN JARAMILLO VÉLEZ
Departamento de Filosofía
Universidad Nacional

Cada país fue una palabra

**Latinoamérica:
las ciudades y las ideas**

José Luis Romero

Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 1999. 532 págs.

A mí me hacen mucha gracia los charangueros de la Posmodernidad, predispuestos al llanto del anticanon por siempre (cajas de Kleenex a la vista) y que con esas lágrimas han creado, para refugio de consumo propio, uno de los cánones más persistentes y mañosos de los últimos veinte y tantos años.

Mallarmé quiso llegar a la poesía pura. Ésta, como bien sabemos, no existe ni podrá existir más que en la imaginación de los poetas, o los lectores. Y lo mismo vale para la llamada poesía social. Son retóricas, retóricas, retóricas. Pero esa aspiración o cúspide mallarmeana (que arranca con Baudelaire, Rimbaud y el gran conde Lautréamont) fue imitada por la crítica literaria francesa del siglo XX, desde los años cincuenta para acá. Digamos que los críticos franceses se quisieron poner las pilas y situarse a la altura de la poesía en esa lengua y buscaron, para independizarse de los textos (cosa que nadie parece negar), un lenguaje "puro", "autónomo", de *estilo inconfundible* (para decirlo con fórmula tradicional pero comprensible: al

pan, pan; y al vino, vino). Los sociólogos de los años sesenta ("investigadores sociales", que les dicen) se lanzaron al ruedo con muchas nueces imaginativas, creyendo que hallarían el Santo Grial, la Piedra Filosofal del lenguaje socio / histórico / político. El resultado, el mismo: retórica, retórica, retórica. Quisieron ser marxistas pero de verbo romántico, ultra original: mucho ruido, muchísimo.



El problema es que la sociología (y sus muchos ramales) está obligada a hablar de la Realidad de frente y sin rodeos, así como la crítica literaria debería hablar de los textos y no pasarse de lista y creer, con ingenuidad mayúscula, que su deber es *sorprender* a los cuatro vientos con un decir jamás oído. La poesía —volvamos a Mallarmé— habla de la Realidad (¿podría ser de otra manera?), pero de costadito, de carambola, y se entretiene con muchísimas cosas, se deleita en sí¹.

Antes de que apareciese en el poniente (ya que la mayor parte de estos "lenguajes" son crepúsculos bastardos) la moda de los investigadores sociales con culebra al cuello (medio sociólogo, medio historiador, medio filósofo, medio literato, medio de todo y al final casi en na, mismo Pedro Navaja), existían los estudios de Historia. El oficio de historiador abarcaba, dentro de las disciplinas que llamamos Humanidades, un filo de respeto por el buen decir, la claridad expresiva y la imaginación al servicio del verbo. Así, pues, la reedición del clásico de José Luis Romero: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, es motivo de júbilo para quienes

apreciamos dichas cualidades. En ese libro, por ejemplo, ya está avizorado el no menos clásico de Ángel Rama: *La ciudad letrada* (1984), pero que —no sé si alguien lo haya dicho con este vaso comunicante— se inclina a esa zona del palabreo que en la prosa de Lezama Lima se disfruta por amor al arte (al aire tónico) mientras que en una disciplina como la esgrimida por Rama resulta poco amable o de difícil divertimento².

Son muchas las virtudes del trabajo de José Luis Romero; si tuviéramos, en todo caso, que restringirnos a una, sería el hecho de definirse como “historiador social” (Introducción, pág. xxi) y marcar su coto de caza con la mayor honestidad posible:

En rigor, todas las ciudades latinoamericanas aceleraron a partir de entonces un doble proceso que estaba iniciado desde la fundación. Por una parte procuraban adecuarse al modelo europeo siguiendo sus líneas de cambio y por otra sufrían las transformaciones derivadas de su estructura interna, que alteraban las funciones de la ciudad y, además, las relaciones entre los distintos grupos sociales y entre la ciudad y la región. Este doble proceso —de desarrollo heterónomo y desarrollo autónomo— continuó a lo largo del periodo independiente, acentuándose cada vez más. (Introducción, pág. xxxiii).

Así, pues, nos auparemos a un recorrido por modelos que, en principio, no tienen por naturaleza que ser definidos con un lenguaje que no sea el de todos los días. Entonces aceptemos que esta lengua sencilla es más que suficiente para que su autor se instale en primerísima línea. “El libro —nos dice Rafael Gutiérrez Girardot en el prólogo— significa una revolución radical y necesaria de la historiografía latinoamericana” (pág. xvi). Después de dos capítulos de preparación histórica (“Latinoamérica en la expansión europea” y “El ciclo de las fundaciones”) José Luis Romero nos invita a acompañarlo en un recorrido impresionantemente registrado a distintos niveles (historia, antropología, literatura, geografía) y por los diferentes períodos que el autor considera pertinentes:

“Las ciudades hidalgas e indias”, “Las ciudades criollas”, “Las ciudades patricias”, “Las ciudades burguesas” y, de cierre, “Las ciudades masificadas”. Nuestra lectura es un gran mosaico de la historia del continente, por más que esta aspiración totalizante tenga sus be-moles (los que la ideología le impone al historiador, para decirlo con el viejo guiño de la izquierda). Pero esto se puede decir de cualquier intento de representación, llámese el Pato Donald para Ariel Dorfman o los discursos de Fidel Castro, si es que alguien se anima. Importa, mucho más, la generosidad intelectual de un amante de la Historia con mayúscula (me excuso, ¿a la manera del Cholo Vallejo?) como José Luis Romero y que, para beneplácito nuestro, con dominio del idioma ofrece el producto de sus desvelos. Así como suena. No es un despliegue erudito por las puras arvejas ni el supuesto brillo de un metalenguaje a la ene potencia que se pierde en su neblina epistemológica. Nada de vainas. A leer a Romero, a leer a los clásicos. Y a superarlos (que de eso se trata) con las armas que ellos detentan: las de todos, al alcance de la expresión. Este libro resulta de lectura obligada para lectores apasionados y, mejor aún, para quienes no hayan descubierto aún que en la Historia, como en la Literatura, los clásicos lo son porque abren camino al escribir con el mérito de todos: el propio.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington

¹ Quien desee un ejemplo del contexto colombiano, no tiene más que revisar el libro de Armando Silva Téllez: *Graffiti. Una ciudad imaginada* (Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1988), libro de tema apasionante al par que escrito en una jerga semi o posestructuralista plagada de neologismos baratos. Y eso que se trata de la segunda edición, “corregida y aumentada”, según se nos informa en los créditos. El problema no es el método, de ninguna manera, ni la reflexión epistemológica. La llaga es el lenguaje, la pretensión de crearse una especie de gongorina expresión (con el perdón de don Luis) pero con funciones distintas de la poética, donde anida el verdadero vuelo.

² Los efectos devastadores de esta tendencia (y no quiero acusar a Ángel Rama de haberla puesto en órbita, pero si se ha de discernir algún guante tendremos que chantárselo) puede comprobarlos cualquier lector que se anime a leer a un crítico como

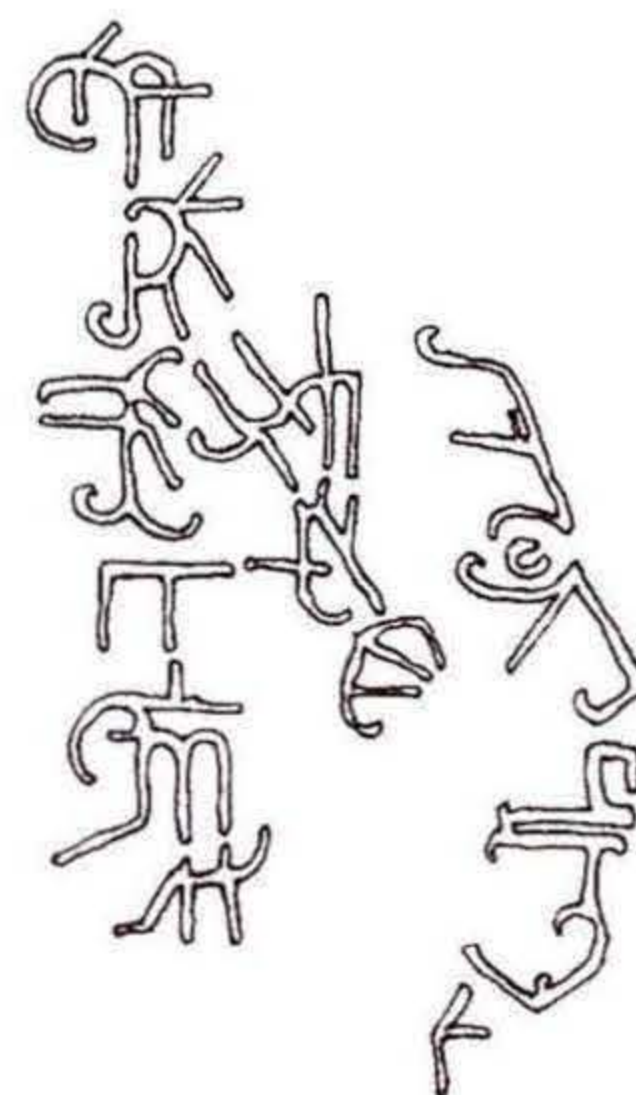
Hernán Vidal. Basta un título: *Sentido y práctica de la crítica literaria socio-histórica: panfleto para la proposición de una arqueología acotada* (Minnesota, Ideologies & Literature, 1984). Si el título solito no hablara ya, adéntrense los valientes... Por mi parte, prefiero encerrarme en *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*, del gran Soto de Rojas, cuyo maravilloso poema vio la luz en Granada en 1652.

Manifiesto, testimonio, panfleto

Delirio de San Cristóbal

Eduardo García Aguilar
Editorial Praxis, México, D. F.,
1998, 204 págs.

Como subtítulo de este libro intensamente personal, declaradamente íntimo, se lee *Manifiesto para una generación desencantada*. Comenzaré por comentar la justicia de esta denominación, que no es evidente.



En efecto, las doscientas páginas del libro (el prefacio y las dieciséis jornadas) tienen más de testimonio individual que de grito de la tribu. Constituyen una fortísima declaración de la visión que el autor guarda de este fin de siglo: feroz invectiva a veces, a veces evocación hecha con ternura, a veces reflexión intensa y profunda de los problemas de lo latinoamericano. A menos que el subtítulo sea una licencia poética, es más precisa la noción de tes-